

Tantaz

El agua, como el aire, como el pensamiento, como el movimiento, es libre. En el río de la vida pensamos, buscamos, andamos, nunca estamos quietos, continuamente cambiamos.

Desde la barandilla del paseo de la “Media Luna” se divisa el río Arga, caminante sereno y frío, su cauce sigue el curso del río, mientras el monte San Cristóbal, impasible y perpetuo, vigila la ciudad.

El parque de la “Media Luna” fue, en mi infancia, uno de mis favoritos para ir a jugar. Desde mi pequeñez todo se me antojaba grandioso y gigantesco.

Paseaba por los jardines de la mano de mi padre que, señalando los árboles, arbustos, y flores me enseñaba el nombre de cada uno de ellos. Cogíamos del suelo las hojas caídas, las clasificábamos por especies y mientras me mostraba las partes en que se dividía la hoja me explicaba la importancia del agua en todo el proceso de las flores y de las plantas, para que el ciclo de la vida, como el río, continúe sin detenerse.



Cómo me gustaría escuchar de nuevo su voz, cada palabra suya era un descubrimiento de algo mágico y maravilloso. Miles de veces volvería a ser niña sólo por escucharle, para verle acariciar las flores, y disfrutar de la naturaleza.

Pero no se puede volver atrás, la magia del tiempo no lo hace posible.

Mientras paseábamos, me contaba historias y cuentos:

“Cuando sale el sol calienta la tierra, el agua se transforma en vapor que desde el suelo se eleva hasta el cielo y se convierte en nubes que, en forma de lluvia, cae sobre la tierra, regando las huertas, llenando balsas, arroyos, ríos y mares.

- ¿Te he contado alguna vez la historia de una gota de agua?
- *No me acuerdo, le contestaba yo haciéndome la olvidadiza.*
- Pues escucha:

“Érase una vez una gota de agua que flotaba en el espacio vagando por un cielo infinito, era más ligera que una pluma y se dejaba llevar. Vivía feliz, nunca tenía prisa, el viento era su amigo y con él solía jugar.

Un día, un rayo traspasó el firmamento alumbrando la ciudad, los truenos sonaban como nunca. Un escuadrón de nubes negras acompañadas por un

viento huracanado venían arrasándolo todo a su paso, reclutando las gotas de agua que por el cielo viajaban.

Tantaz, que así se llamaba la gota de agua, sintió angustia, terror, pánico. Se escondió detrás de una nube blanca y espumosa pero, sin saber cómo ni cuándo, los nubarrones negros la engulleron.

La tempestad descargaba relámpagos seguidos de truenos. El viento soplabá con fuerza. Las nubes, conjunto de gotas de agua alborotadas, tomaban posiciones.

Tantaz, encogida de miedo, sintió cómo la calma desaparecía. La inquietud y el desasosiego se apoderó de todas las gotas de agua que formaban parte de los nubarrones negros.

El resplandor de un relámpago con un ruido ensordecedor ordenaba las descargas, los truenos sonaban y volvían a sonar, el resplandor se repetía, el relámpago explotaba y estallaba la tormenta.

Los nubarrones empezaron a liberarse con furia del agua contenida, el viento dirigía la intensidad de la tormenta.

Tantaz, ya no era ligera, tampoco flotaba, ya no jugaba, arrastrada por la fuerza del viento caía impetuosa y atolondrada.

Convertida en cristales la lluvia se estrellaba contra el suelo, regaba jardines, limpiaba las calles, aumentaba el cauce del río casi hasta desbordarlo.

En la superficie aterciopelada de las hojas, *Tantaz*, apresurada, se deslizaba buscando impaciente un lugar donde calmar su ansiedad.

En una danza sin acordes *Tantaz*, buscaba de nuevo la unión con las otras gotas de agua, para seguidamente separarse y unirse, abrazarse, dividir, unir, separar, hasta alcanzar el cauce del río, seguir sin parar, sin mirar atrás.

Ya no vagaba por el cielo ahora formaba parte de la vida, y en su impetuoso caminar tan pronto era charco, riachuelo, arroyo, cascada, río, o, incluso, manantial misterioso que surge en algún lugar del monte y vuelta de nuevo a empezar, a ser gota que flota en el espacio y se deja llevar por el aire.

Después salió el sol, poco a poco la tormenta se disipó. Entonces, apareció en el horizonte un arco de mil colores, era el arco iris que, como si de una puerta se tratase, abierta de par en par dejaba paso a la esperanza.

Tantaz, que ya formaba parte del río, quedó maravillada ante el espectáculo, le hubiera gustado quedarse, pero la fuerza del agua empujaba con ímpetu, tenía que seguir su camino.

- ¿Y *Tantaz*?, ¿dónde está ahora?.

- *Tantaz* está flotando por el cielo, esperando impaciente su turno para volver como lluvia, regar de nuevo los parques. Vive feliz sabiendo que la vida, para seguir su ciclo, necesita agua, aunque sólo sea una gota.

A veces, convertida en nieve, *Tantaz* pinta de blanco los montes, otras veces se filtra a través del suelo y en las entrañas de la tierra vuelve a ser riachuelo, charco, arroyo, o se queda abrazada a la roca y convertida en estalactita o estalagmita adorna el interior de las cuevas formando escenarios de belleza incalculable.”

Así, siguiendo el devenir de una gota de agua me enseñaba lo que era la vida: un escenario de mil colores, una puerta grande abierta a la esperanza, quizás muchas puertas, por las que se puede entrar y salir, más adelante aprendí que en su irrefrenable caída, convertida en sudor, el agua salpica y descarga con furia sobre los campos, desborda ríos, inunda huertas, ahoga sueños, moja tejados, derrama lágrimas.

Sin embargo, sin agua no hay vida.

El Parque de la Media Luna sigue albergando árboles, arbustos y flores. Y cuando el arco iris sale dibuja en el firmamento la misma puerta que siempre está abierta porque nunca se ha cerrado...

Desde la barandilla se divisa el monte San Cristóbal que, impasible, vigila la ciudad y la protege de las tormentas.



Y el río Arga, como la vida, camina ligero buscando un lugar donde descansar.

M^a Rosario Ruiz Castillo

Pamplona, 31 de marzo de 2008